

éste. Por otra parte, los particulares más nobles y más ricos de los alrededores habían agasajado á porfia á Schinner y á su mujer, disputándose su amistad. Muy satisfecha de poder tomar de algún modo la revancha, la señora Moreau se prometía dar bombo en el país al artista que esperaba, y presentarlo como igual en talento á Schinner.

Aunque la víspera y la ante víspera se había vestido con gran coquetería, la bonita administradora había preparado demasiado bien sus recursos para que no se hubiese reservado el traje más bonito para el sábado, sospechando que el artista estaría á comer con ellos este día. Se había calzado, pues, unas botas de piel de color bronce con medias de hilo de Escocia. Una bata color de rosa á rayas, un cinturón color rosa con hebilla de oro, una crucecita, también de oro, suspendida del cuello por una cinta de terciopelo y unos brazaletes de terciopelo también en sus desnudos brazos (la señora Moreau tenía muy hermosos brazos y los enseñaba mucho), daban á la administradora toda la apariencia de una elegante parisiense. Llevaba un magnífico sombrero de paja de Italia, bajo cuyas alas brillaban los abundantes bucles de su hermosa cabellera rubia. Después de haber ordenado que preparasen una excelente comida y de haber pasado revista á las habitaciones, se había ido á pasear por el gran patio del palacio, esperando desde allí la llegada de los coches. Llevaba para cubrir su cabeza una deliciosa sombrilla de color rosa forrada con seda blanca á grandes franjas. Al ver que Pierrotín entregaba al conserje del palacio los raros paquetes de Mistigris sin que apareciese ningún viajero, Estela quedó desconcertada y con el pesar de tener que arreglarse de nuevo al día siguiente. Como la mayor parte de las personas cuando se ponen el traje del día de fiesta, se sintió incapaz de hacer nada que no fuese vagar por su salón esperando el coche de Beaumont que pasaba una hora después que el de Pierrotín, á pesar de que no salía de París hasta la una de la tarde; y, en su consecuencia, entró en su casa mientras que los dos artistas procedían á atildarse y á quitarse el polvo del camino. El joven pintor y Mistigris, al oír las alabanzas que de la señora Moreau les hacía el jardinero, á quien ellos habían pedido informes, sintieron la necesidad de arreglarse un poco y se pusieron su mejor ropa para presentarse en el pabellón del administrador, adonde los condujo Jacobo Moreau, el mayor de los hijos, un atrevido mu-

chacho vestido á la inglesa con una bonita chaqueta de cuello vuelto, el cual hijo vivía, durante las vacaciones, como el pez en el agua en aquella tierra donde su madre reinaba cual soberana absoluta.

—Mamá—le dijo,—aquí están los dos artistas enviados por el señor Schinner.

La señora Moreau, muy agradablemente sorprendida, se levantó, les mandó tomar asiento y desplegó sus gracias.

—Mamá, el pequeño Hussón está con papá—añadió el niño al oído de su madre;—¿quieres que te lo traiga?

—No, no te des prisa, diviértete con él por ahí—dijo la madre.

Esta palabra *no te des prisa* hizo comprender á los dos artistas la poca importancia de su compañero de viaje; pero dejaba ver en ella también los malos sentimientos que la animaban respecto al niño. En efecto, la señora Moreau, que no podía ignorar, después de diez y siete años de matrimonio, el cariño que su marido sentía por la señora Clapart y el pequeño Hussón, odiaba á la madre y al hijo de una manera tan terrible, que se comprenderá el motivo de que el administrador no se hubiese decidido nunca á hacer venir á Oscar á Presles.

—Mi marido y yo estamos encargados de hacer á ustedes los honores de la casa—dijo la administradora á los dos artistas.—Gustamos mucho de las artes, sentimos grandes simpatías por los artistas, y rogamos á ustedes que consideren este casa como suya—añadió haciendo remilgos.—Ya saben ustedes que en el campo hay que dejarse de ceremonias, porque siempre resultan insípidas. Ya hemos tenido aquí al señor Schinner.

Mistigris miró maliciosamente á su compañero.

—¿Lo conocen ustedes acaso?—repuso Estela después de una pausa.

—¿Quién no lo conoce, señora?

—Es tan conocido como la ruda—dijo Mistigris.

—El señor Grindot me ha dicho el nombre de usted—dijo la señora Moreau dirigiéndose al pintor—pero yo...

—José Bridau—respondió el pintor excesivamente ocupado en averiguar con qué mujer tenía que habérselas.

Mistigris empezaba á rebelarse interiormente contra el tono protector de la hermosa administradora; pero lo mismo él que Bridau esperaban ver alguna palabra, algún gesto que

los iluminase, alguno de esos detalles que los artistas echan de ver con tanta presteza. En primer lugar, las gordas manos y los grandes pies de Estela, la hija de los aldeanos de los alrededores de Saint-Ló, llamaron la atención de los dos artistas; después, una ó dos locuciones de camarera y algunos términos que desmentían la elegancia que quería aparentar con sus ropas, contribuyeron á que el pintor y su discípulo pudiesen conocer la naturaleza de su presa; y, habiendo cambiado una mirada, ambos convinieron en tratar á Estela por lo serio, á fin de pasar agradablemente el tiempo que tenían que permanecer allí.

—¿Le gustan á usted las artes, señora? ¿Las ha cultivado usted acaso con éxito?—dijo José Bridau.

—No; sin desconocerlas por completo, mi educación era puramente comercial; pero tengo tan profundo y delicado sentimiento de las artes, que el señor Schinner, siempre que acababa de pintar algo me llamaba para que emitiese mi opinión.

—Vamos, hacía como Moliere cuando consultaba á Laforet—dijo Mistigris.

Sin saber que Laforet había sido una criada de Moliere, la señora Moreau hizo un movimiento de aquiescencia que mostraba que, á pesar de su ignorancia, aceptaba aquella palabra como un cumplido.

—¿Cómo no se ha ofrecido á esbozarla á usted?—dijo Bridau.—Los pintores suelen gustar mucho de las damas hermosas.

—¿Cómo se entienden esas palabras?—dijo la señora Moreau en cuyo rostro se pintó el odio de la reina ofendida.

—Señora, en términos de pintura, se llama esbozar una cabeza hacer un retrato á la ligera—dijo Mistigris con aire insinuante,—y nosotros siempre gustamos de esbozar caras bonitas. De ahí viene el dicho: *¡Quién pudiera esbozarla!*

—Ignoraba el origen de ese término—respondió Estela dirigiendo á Mistigris una mirada llena de dulzura.

—Mi discípulo, don León de Lora—dijo Bridau,—muestra gran disposición para el retrato. Se consideraría muy feliz, hermosa señora, si pudiera dejar á usted un recuerdo de nuestro paso por aquí, pintando su encantadora cabeza de usted.

José Bridau hizo un signo á Mistigris como para decirle:

—Vamos, adelante, que esta mujer merece la pena.

Al ver aquella mirada, León de Lora se sentó en el canapé al lado de Estela, y tomándole una mano, á lo que ella no opuso resistencia alguna, le dijo:

—¡Oh! señora, si para dar una sorpresa á su esposo quisiese usted concederme algunas sesiones en secreto, procuraría esmerarme en darle gusto. Es usted tan hermosa, tan fresca, tan encantadora... Un hombre sin talento se convertiría en un genio teniéndola á usted por modelo. Se puede estudiar en sus ojos de usted tanto...

—Después pintaremos en los arabescos á sus queridos hijos de usted—dijo José interrumpiendo á Mistigris.

—Preferiría tenerlos en el salón, pero eso sería indiscreto—repuso Estela mirando á Bridau con coquetería.

—La belleza, señora, es una soberana que adoramos todos los pintores y que tiene un gran ascendiente.

—Son muy simpáticos—pensó para sus adentros la señora Moreau.—¿Les gusta á ustedes el paseo por la tarde, después de comer, en calesa, por los bosques?...

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh!—dijo Mistigris á cada circunstancia que iba enumerando y en tonos enfáticos.—Por lo visto, Presles va á ser el paraíso terrenal.

—Con una Eva, con una rubia joven y encantadora mujer—añadió Bridau.

En el momento en que la señora Moreau echaba á volar su imaginación y se elevaba al séptimo cielo, fué atraída á la tierra como lo es una cometa por su cuerda.

—Señora—exclamó su camarera entrando como una bala.

—Y bien, Rosalía ¿quién la ha autorizado á usted para entrar sin que la llamen?

Rosalía no hizo caso alguno del apóstrofe y dijo al oído de su ama:

—El señor conde está en el palacio.

—¿Me llama?—repuso la administradora.

—No, señora... Pero... pide su maleta y la llave de su habitación.

—Que se las den—dijo haciendo un gesto de mal humor para ocultar su turbación.

—Mamá, aquí está Oscar Hussón—exclamó el más joven de los hijos acompañando á Oscar, quien, rojo como un tomate, no se atrevía á entrar al ver á los dos pintores tan elegantemente vestidos.

—¿Ya estás aquí, Oscar mío?—le dijo Estela con hipo-

creía.—Espero que irás á vestirme en seguida—repuso después de haberle mirado de pies á cabeza de la manera más despreciativa del mundo.—Por lo que veo, cuando te presentas de este modo, será porque tu madre no te ha acostumbrado á las buenas formas.

—¡Oh!—exclamó el cruel Mistigris—un futuro diplomático debe estar bien de pantalones. Sobre todo, que vale más tener dos trajes que uno.

—¿Un futuro diplomático?—exclamó la señora Moreau.

Al oír estas palabras, al pobre Oscar se le humedecieron los ojos y empezó á mirar alternativamente á José y á León.

—No, ha sido una broma que le hemos dado en el viaje—respondió José que por piedad quiso sacar al pobre Oscar de aquel mal paso.

—El chico ha querido alternar con nosotros, ha charlado demasiado, y ahora ahí le tienen ustedes como un *asno* en pena.

—Señora—dijo Rosalía apareciendo en la puerta del salón.—Su Excelencia ordena que se haga una comida para ocho personas y que se le sirva á las seis de la tarde. ¿Qué hacer?

Mientras duraba la conferencia de Estela y su criada, los dos artistas y Oscar cambiaron miradas que denotaban sus terribles aprensiones.

—¿Quién es Su Excelencia?—dijo José Bridau.

—El señor conde de Serisy—respondió el pequeño Moreau.

—¿Vendría por casualidad en la diligencia?—dijo León de Lora.

—¡Oh!—exclamó Oscar—el conde de Serisy no puede viajar más que en coche de cuatro caballos.

—Pero ¿cómo y por dónde ha venido el señor conde de Serisy?—dijo el pintor á la señora de Moreau cuando ésta volvió toda desconcertada á ocupar su asiento.

—No lo sé; no me esplico la llegada de Su Señoría ni sé lo que puede venir á hacer aquí.

—Su Excelencia ruega al señor Schinner que pase á su palacio y que le haga el honor de sentarse á su mesa, lo mismo que el señor Mistigris—dijo un jardinero dirigiéndose á José.

—¡Esta sí que es buena!—dijo el aprendiz riéndose.—El que hemos tomado por un particular en el coche de Pierrotín,

ALL BOOKS BY SUBSCRIPTION
 AVAILABLE AT
 "THE BOOKS"

es el conde. Con cuánta razón se dice: *Donde menos se piensa salta la liebre.*

Oscar quedó convertido en una estatua de sal; pues, al oír aquella revelación, su garganta estaba más salada que la mar.

—¡Y usted que le ha hablado de los amantes de su mujer y de su enfermedad secreta!—dijo Mistigris á Oscar.

—¿Qué dicen ustedes!—exclamó la mujer del administrador mirando á los dos artistas que se marcharon al ver la cara que ponía Oscar.

Este quedó mudo, aterrado, estúpido, sin oír nada á pesar de las insistentes preguntas que le hacía la señora Moreau, la cual, al ver su mutismo, le sacudía y apretaba, violentamente, uno de los brazos. Todo fué inútil, Estela se vió obligada á dejar á Oscar en el salón sin haber obtenido respuesta, pues Rosalía volvió á llamarla otra vez para pedirle ropa, manteles, cubiertos, y para que se encargase ella misma de ejecutar las órdenes que daba el conde. Los criados, los jardineros, el conserje y su mujer, todo el mundo iba y venía presa de una confusión fácil de comprender. El amo había caído en su casa como una bomba.

Desde lo alto de la *Cave*, y por un sendero que conocía el conde, se había dirigido á la casa de su guarda. El guarda quedó estupefacto al ver á su verdadero amo.

—Como veo su caballo aquí, supongo que estará Moreau con usted—le preguntó el señor de Serisy.

—No, monseñor, pero como tiene que ir á los Moulineaux antes de comer, ha dejado aquí su caballo mientras va á dar algunas órdenes al palacio.

El guarda ignoraba la importancia de aquella respuesta que, en las circunstancias actuales y para un hombre perspicaz, equivalía á la certidumbre de la sospecha que de él tenía.

—Si no quieres perder tu destino—le dijo el conde á su guarda,—vas á ir á galope, en este caballo, á Beaumont y le entregas al señor Marguerón la carta que voy á escribir.

El conde entró en el pabellón, escribió cuatro letras, dobló el papel de manera que fuese imposible desdoblirlo sin que se conociese y se lo entregó al guarda que ya estaba montado á caballo.

—Ni una palabra á nadie—le dijo.—Respecto á usted, señora—añadió dirigiéndose á la mujer del guarda,—si Mo-

reau se asombra de no encontrar aquí su caballo, puede usted decirle que lo he cogido yo.

El conde se internó en el parque, cuya reja le fué abierta á la primera llamada. Por muy acostumbrado que se esté á la popularidad, á las emociones y á los desengaños de la política, el alma de un hombre capaz de amar aún á la edad que tenía el conde, es joven siempre para vengarse de una traición. Costaba al señor de Serisy tanto trabajo creer en el engaño de Moreau, que, en Saint-Brice, le creyó más bien que colaborador de ellos, arrastrado por los mismos. Así es que durante la conversación que oyó al padre. Leger y al dueño de la posada, pensaba aún perdonar al administrador después de echarle un buen sermón. ¡Cosa rara! desde el momento en que Oscar había revelado los gloriosos achaques del trabajador intrépido, del administrador napoleónico, la felonía de su administrador no era nada comparado con aquella revelación. Secretos tan bien guardados sólo podían haber sido revelados por Moreau, que, sin duda, se había burlado de su bienhechor en sus conversaciones con la antigua camarera de la señora de Serisy ó con la antigua Aspasia del Directorio (1). Mientras se dirigía á su palacio este par de Francia, este ministro, había llorado como lloran los niños. ¡Lloró por última vez! Todos los sentimientos humanos habían sido tan fuertemente atacados, que este hombre tan bondadoso iba por su parque como va por el monte la fiera herida.

Cuando Moreau pidió su caballo á la mujer del guarda, ésta le respondió:

—El señor conde acaba de cogerlo.

—¿Qué señor conde?

—El señor conde de Serisy, nuestro amo. Me parece que ha ido hacia el palacio —añadió la buena mujer para desembarazarse del administrador que, no comprendiendo la causa de aquella llegada, se dirigió hacia el palacio.

Apenas había dado Moreau algunos pasos, cuando se volvió para interrogar á la mujer del guarda, pues había acabado por considerar grave la llegada secreta y la rara acción del conde. La mujer del guarda, asustada al verse

(1) Aspasia, nacida en Mileto y célebre por su hermosura y talento, fué mujer de Pericles. En literatura se hacen frecuentes alusiones á ella, para indicar á la mujer cuyos consejos y opiniones influyen en la dirección de los asuntos políticos.—(N. del T.)

cogida como por un torno entre el conde y el administrador, se había encerrado en el pabellón resuelta á no abrir á nadie más que á su marido. Moreau, cada vez más inquieto, se fué á escape á la conserjería, donde supo, por fin, que el conde se estaba vistiendo y que Su Señoría tenía siete personas invitadas á comer. Moreau se dirigió entonces á su pabellón, y vió allí que la hija del jardinero estaba en discusión con un hermoso joven.

—El señor conde ha dicho el ayudante de Mina, un coronel—exclamaba la pobre muchacha.

—Yo no soy coronel—respondía Jorge.

—Pero ¿se llama usted Jorge?

—¿Qué es eso?—dijo el administrador interviniendo.

—Señor, yo me llamo Jorge Marest, soy hijo de un rico almacenista de quincalla de la calle de Saint-Martin y vengo para un asunto á casa del señor conde de Serisy, de parte del señor Crottat, notario, de quien soy segundo pasante.

—Y yo le digo á este señor que monseñor acaba de decirme: «Se va á presentar en seguida un coronel llamado Czerni-Jorge, ayudante de Mina, y que ha venido en el coche de Pierrotín; si pregunta por mí, hágale usted pasar á la sala de espera.»

—Vamos á ver, señor mío, no hay que divertirse con Su Señoría—dijo el administrador.—Pero ¿cómo ha podido venir el señor conde sin avisarme? ¿Cómo puede él saber que ha venido usted en el coche de Pierrotín?

—Evidentemente—dijo el pasante,—el conde es el viajero que, á no haber sido por la amabilidad de un joven, hubiera tenido que venir en la delantera del coche de Pierrotín.

—¿En la delantera del coche de Pierrotín?—exclamaron á la vez el administrador y la hija del jardinero.

—Estoy seguro de ello, á causa de lo que acaba de decirme esta muchacha—repuso Jorge Marest.

—Y ¿cómo es eso?—dijo Moreau.

—Muy sencillo—dijo el pasante.—Para engañar á los viajeros, les he contado una infinidad de mentiras sobre Egipto, Grecia y España. Como llevaba espuelas, les dije que era coronel de caballería, en fin, una historia para morir de risa.

—Vamos á ver—dijo Moreau.—¿Cómo es el viajero que usted supone sea el conde?

—Es un hombre que tiene la cara como un ladrillo, el

pelo completamente blanco y las cejas negras—dijo Jorge Marest.

—¡Es el mismo!

—¡Pues estoy perdido!

—¿Por qué?

—Porque he estado burlándome de sus condecoraciones.

—¡Bah! es muy bueno y le habrá hecho usted gracia.

Suba usted conmigo, que yo voy ahora á la habitación de Su Señoría—dijo Moreau.—¿En dónde se ha apeado el señor conde?

—En lo alto de la montaña.

—No acabo de comprender—exclamó Moreau.

—Después de todo, me he burlado de sus condecoraciones, pero no le he insultado—se dijo el pasante.

—Y ¿para qué viene usted?—le preguntó el administrador.

—Traigo redactada el acta de venta de la quinta de los Moulineaux.

—¡Dios mío! cada vez comprendo menos—exclamó el administrador.

Moreau, cuyo corazón parecía querer salirse del pecho, fué á llamar á la puerta de la habitación de su amo y no tardó en oír una voz que le decía:

—¿Es usted, señor Moreau?

—Sí, monseñor.

—¡Adelante!

El conde se había puesto un pantalón blanco y unas botas finas, un chaleco blanco y una levita negra en la que brillaban á la derecha la placa de la gran cruz de la Legión de Honor; á la izquierda, y de un ojal, pendía el Toisón de Oro. El cordón azul resaltaba vivamente sobre el chaleco. Él mismo se había peinado y se había acicalado de aquel modo para hacer á Marguerón los honores de Presles y acaso para que los prestigios de su grandeza influyeran sobre este hombre.

—Y bien, señor mío—dijo el conde permaneciendo sentado y dejando que Moreau siguiese de pie—¿no hay medio de arreglarse con ese Marguerón?

—En este momento vendería su quinta muy cara.

—Y ¿por qué no viene?—dijo el conde fingiendo ponerse pensativo.

—Está enfermo, monseñor...

—¿Está usted seguro de ello?

—Yo mismo he estado allí...

—Caballero—dijo el conde con actitud severa y terrible,

—¿qué haría usted con un hombre de su confianza que publicara una enfermedad que usted quisiese tener oculta y que se riese de ella en casa de una querida?

—Lo arrojaría á latigazos.

—¿Y si usted viese también que abusa de su confianza y que le roba?

—Procuraría sorprenderle y lo mandaría á galeras—dijo el mayordomo.

—Escuche usted, señor Moreau, sin duda ha hablado usted de mis achaques en casa de la señora Clapart y se ha reído allí de mi amor por la condesa de Serisy, porque el pequeño Hussón daba conocimiento de una multitud de circunstancias, relativas á mis tratamientos, á los viajeros de un coche público, esta mañana, en mi presencia, y Dios sabe en qué lenguaje. Se atrevió á calumniar á mi mujer. Finalmente, he sabido por boca del mismo padre Leger, que venía de París en el coche de Pierrotín, el plan que tenían formado el notario de Beaumont, usted y él relativo á los Moulineaux. Si usted ha ido á casa del señor Marguerón, ha sido para decirle que se hiciese el enfermo, pero su enfermedad ha pasado ya, y hoy le espero á comer conmigo. Ahora bien, caballero, yo perdonaría á usted el que tuviese doscientos mil francos de fortuna, ganados en diez y siete años... Eso lo comprendo. Si cada vez que usted se tomó algo ó aceptó lo que le ofrecían, me lo hubiese usted pedido, yo se lo hubiera dado; al fin y al cabo es usted padre de familia. No dejo de comprender que, á pesar de su falta de improbidad, ha sido usted mejor de lo que hubiese podido ser otro...

—¡Monseñor!...

—Pero usted que sabe lo mucho que yo he trabajado por el país, por la Francia; usted que me ha visto pasar ciento y tantas noches al servicio del Emperador ó trabajando diez y ocho horas diarias durante trimestres enteros; usted que sabe lo mucho que amo á la señora de Serisy, usted, haber hablado de este asunto delante de un niño, haber entregado mis secretos y mis afectos más puros á la burla de una señora Hussón...

—¡Monseñor!...

—Eso es imperdonable. Herir á un hombre en sus intere-

ses no vale nada; ¡pero atacarle en su corazón!... ¡Oh! ¡no sabe usted lo que ha hecho!

El conde puso la cabeza entre las manos y permaneció silencioso durante un momento. Después, prosiguió:

—Dejo á usted los bienes que posee, y procuraré olvidarle. Por dignidad, por mí, por el propio honor de usted, nos separaremos decentemente, pues no olvido en este momento lo que su padre hizo por el mío. Usted se entenderá con el señor Reybert, que ha de sucederle. Sea usted como yo, no se deje llevar de sus impulsos. No dé usted un espectáculo á los tontos, y, sobre todo, que no haya cuestiones ni piques. Si usted no cuenta ya con mi confianza, procure al menos obrar con decoro. Respecto á ese estúpido que ha estado á punto de matarme, que no duerma en Presles, mándele usted á una posada, pues no respondería de mi cólera si le viese delante.

—Señor, comprendo que sois demasiado benévolo conmigo—dijo Moreau con lágrimas en los ojos.—Sí, si yo hubiese sido completamente improbo, tendría hoy quinientos mil francos; por otra parte, yo me ofrezco á dar á Vuecencia cuenta de mi fortuna y á detallársela minuciosamente. Pero dejadme decir, monseñor, que al hablar de vos con la señora Clapart, no lo hice nunca por burla, sino al contrario, para deplorar vuestro estado de salud y para preguntarle si conocía alguno de esos remedios ignorados por los médicos y que usan á veces la gente del pueblo... He hablado de vuestro amor delante del niño, cuando dormía (¡al parecer nos oyó!), pero lo hice siempre en términos llenos de afecto y de respeto. La desgracia quiere que mis indiscreciones sean castigadas como crímenes. Pero si acepto los efectos de vuestra justa cólera, dejadme al menos que os diga cómo han ocurrido las cosas. ¡Oh! siempre he dicho en secreto cuánto he hablado de vos con la señora Clapart... En fin, podéis preguntarle á mi mujer, y veréis como nunca he hablado con ella de esas cosas...

—¡Basta!—dijo el conde, cuya convicción era completa;—no somos niños y mi decisión es irrevocable. Vaya usted á poner en orden sus asuntos y los míos. Puede usted permanecer en el pabellón hasta el mes de octubre. El señor y la señora Reybert se alojarán en el palacio; sobre todo, procure usted vivir con ellos como gente bien educada, que se odia, pero que sabe cubrir las apariencias.

El conde y Moreau bajaron; Moreau blanco como los cabellos del conde, el conde tranquilo y digno.

Mientras que ocurría esta escena, el coche de Beaumont, que sale de París á la una, se detenía ante la reja del palacio y bajaba de él maese Crottat, el cual, siguiendo las órdenes del conde, esperaba en el salón, donde encontró á su pasante excesivamente azorado, en compañía de los dos pintores, que tampoco estaban muy tranquilos. El señor de Reybert, hombre de cincuenta años, de rostro avinagrado, había llegado también acompañado del anciano Marguerón y del notario de Beaumont, que llevaba en la mano un lío de papeles y títulos. Cuando todas estas personas vieron aparecer al conde con su traje de hombre de Estado, Jorge Marest tuvo un pequeño amago de cólico, José Bridau se estremeció; pero Mistigris, que estaba vestido con su traje de los domingos y que, por otra parte, no tenía nada que reprocharse, dijo en voz alta:

—¡Hombre, está mucho mejor así!

—Pillote—dijo el conde cogiéndole por una oreja y atrayéndole hacia sí.—¿Ha reconocido usted su obra, mi querido Shinner?—repuso el conde dirigiéndose al artista y mostrándole el techo.

—Monseñor—contestó el artista—he hecho mal en arrogarme por vanidad un nombre célebre; pero esto mismo me obliga á hacer un buen trabajo y á honrar mi nombre de José Bridau.

—Usted salió en mi defensa—dijo vivamente el conde—y espero que me hará el favor de comer conmigo, lo mismo que nuestro ocurrente Mistigris.

—Vuestra Señoría no sabe á lo que se expone—respondió el desvergonzado aprendiz.—Yo sacaré la tripa de mal año.

—¡Bridau!—exclamó el ministro movido por un recuerdo.—¿Es usted por casualidad pariente de uno de los hombres que más trabajaron por el Imperio, de un jefe de división que se llamaba Bridau y que murió víctima de su celo?

—Soy su hijo, monseñor—respondió José inclinándose.

—Sea usted bien venido aquí—repuso el conde tomando la mano del pintor entre las suyas;—he conocido á su padre de usted, y puede usted contar conmigo como con un amigo—añadió el conde.—Pero es usted demasiado joven para tener discípulos, ¿de quién lo es Mistigris?

—De mi amigo Schinner, que me lo ha prestado—contestó José.—Mistigris se llama León de Lora, monseñor y si vos recordáis á mi padre, dignaos pensar en aquél de sus hijos que se encuentra acusado de conspirar contra el Estado y debe comparecer en breve ante la Corte de los Pares...

—¡Ah! es verdad—dijo el conde.—Descuide usted, que pensaré en él. Respecto al príncipe Czerni-Jorge, el amigo de Ali-Pachá, el ayudante de Mina—repuso el conde dirigiéndose á Jorge.

—¿El...? ¡pero si es mi segundo pasante!—exclamó Crottat.

—Está usted en un error, amigo Crottat—dijo el conde con aire severo—¡Un pasante que quiere llegar á ser notario, no deja documentos importantes en las diligencias á disposición de los viajeros! ¡Un pasante que quiere llegar á ser notario, no gasta veinte francos de París á Moisselles! ¡Un pasante que quiere llegar á ser notario, no se expone á ser detenido como prófugo!

—Monseñor—contestó Jorge—habré podido divertirme engañando á los viajeros, pero...

—Deje usted que hable Su Excelencia—dijo el notario á su pasante dándole un fuerte golpe con el codo en un costado.

—Un notario debe ser desde muy joven discreto, astuto, prudente, y no debe confundir á un ministro con un fabricante de bujías.

—Paso porque se condenen mis faltas—dijo Jorge,—pero yo no he dejado las actas á merced de...

—En este momento comete usted la falta de desmentir á un ministro de Estado, á un par de Francia, á un hidalgo, á un anciano, á un cliente. Busque usted el proyecto de venta.

El pasante escudriñó todos los papeles de su carpeta.

—No revuelva usted los papeles—dijo el ministro de Estado sacando el acta del bolsillo;—aquí está lo que usted busca.

Fué tal la sorpresa de Crottat al recibir el acta de manos de su noble cliente, que la miró y remiró por tres veces.

—¿Cómo! ¿señor mío?...—dijo por fin el notario á Jorge.

—Si yo no lo hubiese cogido—repuso el conde,—el padre Leger, que no es tan tonto, como ha podido usted ver

por sus preguntas de agricultura, con las que le probaba que es preciso pensar siempre en su oficio, hubiera podido cogérlo como yo y adivinar mi proyecto. Me hará usted el favor también de comer conmigo, pero con la condición de contarnos la ejecución del *mucella* de Smirna, y acabará usted de ese modo las memorias de algún cliente, que usted ha leído sin duda antes que el público.

—El que tiene la lengua larga tiene que tener la piel dura—repuso en voz baja León de Lora á José Bridau.

—Señores—dijo el conde dirigiéndose al notario de Beaumont, á Crottat y á los señores Marguerón y Reybert—nos hemos de poner á la mesa sin haber concluído el trato de la compra de los Moulineaux; pues, como dice mi amigo Mistigris, es preciso obrar siempre con oportunidad.

—Vamos—repuso León de Lora dirigiéndose á Jorge Marest—me parece que es bastante buen chico.

—Sí, pero mi amo no lo es, y me rogará que vaya á charlar á otra parte.

—¡Bah! á usted le gusta viajar—dijo José Bridau.

—¡Qué sobo va á recibir el pequeño Hussón del señor y la señora Moreau!...—exclamó Mistigris.

—Es un imbécil—dijo Jorge.—A no ser por él, el conde se hubiese divertido. Lo mismo da, la lección es buena, ¡y juro que jamás volveré á charlar en coche!

—¡Oh! yo, de tan sabido, lo tenía olvidado—contestó José Bridau.

—Es claro—repuso Mistigris—sin contar con que *el que mucho habla mucho yerra*.

Mientras que el negocio de los Moulineaux se arreglaba entre el señor Marguerón y el conde de Serisy, asistidos de sus respectivos notarios y en presencia del señor de Reybert, el ex administrador se fué con paso lento hacia su pabellón. Entró en él sin ver nada y se sentó en el canapé del salón, en uno de cuyos rincones se escondió Oscar, porque el rostro lívido del protector de su madre le asustó.

—Y bien, amigo mío, ¿qué tienes?—dijo Estela entrando muy cansada de todo lo que acababa de hacer.

—Querida mía, estamos perdidos, y perdidos sin remisión. El conde me ha retirado su confianza, y ya no soy el administrador de Presles.

—¿Por qué causa?

—El padre Leger, que venía en el coche de Pierrotín, ha

cometido la indiscreción de enterar al conde, sin saberlo, del negocio de los Moulineaux; pero no es esto lo que me ha hecho perder para siempre su protección.

—¿Pues qué?

—Oscar ha hablado mal de la condesa y ha revelado las enfermedades del señor...

—¡Oscar!—exclamó la señora Moreau.—Querido mío, recibes justo castigo por tu pecado. ¿Para qué habías de ocuparte de esa víbora?... ¡Cuántas veces te lo he repetido!

—¡Basta!—dijo Moreau con voz alterada.

En este momento, Estela y su marido percibieron á Oscar acurrucado en un rincón. Moreau se precipitó sobre el desgraciado niño como un milano sobre su presa, lo cogió por el cuello de su levita color de oliva y lo llevó á la claridad de una ventana.

—¡Habla! ¿qué le has dicho á monseñor en el coche? ¿Quién mil demonios ha desatado tu lengua, cuando permaneces atontado siempre que se te pregunta algo? ¿Cuál era tu pensamiento?—preguntó el administrador con asombrosa violencia.

Demasiado atontado para llorar, Oscar guardó silencio, permaneciendo inmóvil como una estatua.

—¿Qué le importa á Su Excelencia por semejante gusano?—exclamó Estela furiosa.

—Vamos, ven al palacio—repuso Moreau.

Oscar se abandonó cual si fuese una masa inerte, y cayó á tierra.

—¿Quieres venir?—dijo Moreau cuya cólera aumentaba por momentos.

—No, no, ¡perdón!—exclamó Oscar que no quería someterse á un suplicio peor para él que la muerte.

Entonces Moreau cogió á Oscar de la levita, lo arrastró como un cadáver á lo largo de la casa, mientras que el niño daba agudos gritos y sollozos, y con brazo animado por la rabia, lo arrojó bramando y rígido como una estaca en el salón, á los pies del conde que acababa de adquirir los Moulineaux y que se iba al comedor con toda su compañía.

—¡De rodillas! ¡de rodillas, desgraciado! ¡pide perdón al que te ha dado el pan del alma obteniendo para ti una plaza gratuita en el colegio!—exclamó Moreau.

Oscar, con la cara en el suelo, con la boca espumosa por la rabia, permaneció sin decir una palabra. Todos los

espectadores temblaban. Moreau, que no perdía nunca la calma, tenía la cara inyectada en sangre.

—Este joven no tiene más que vanidad—dijo el conde después de haber esperado en vano las disculpas de Oscar, —Un orgulloso se humilla, pues no deja de haber grandeza en ciertas humillaciones. Mucho temo que no logrés nunca nada bueno de este muchacho.

Y el ministro de Estado se internó en el comedor. Moreau volvió á tomar á Oscar y lo llevó á su habitación. Mientras enganchaban los caballos en la calesa, escribió á la señora Clapart la siguiente carta:

«Querida mía: Oscar acaba de arruinarme. Esta mañana, mientras viajaba en el coche de Pierrotín, ha hablado de las ligerezas de la señora condesa á Su Excelencia, que viajaba de incógnito, y le ha hablado á él mismo de la secreta y terrible enfermedad que ha adquirido á fuerza de trabajar en los diversos empleos que ha desempeñado. Después de haberme destituido, el conde me ha recomendado que no deje dormir á Oscar en Presles y que lo despida. Para cumplir su orden, acabo de disponer que enganchen mis caballos á la calesa de mi mujer, y Brochón, mi cochero, va á llevar á su lado de usted á ese pequeño miserable. Mi mujer y yo somos presa de una desolación que puede usted concebir, pero que yo renuncio á pintarle. Dentro de pocos días iré á ver á usted, pues es preciso que yo tome un partido. Tengo tres hijos, debo pensar en el porvenir y no sé aún lo que resolver, si bien mi intención es hacer ver al conde lo mucho que valen diez y siete años de la vida de un hombre como yo. Con una fortuna de doscientos sesenta mil francos, quiero hacerme un capital que me permita algún día ser casi igual á Su Excelencia. En este momento me siento capaz de levantar montañas y de vencer insuperables dificultades. ¡Las humillaciones que acabo de sufrir son un terrible acicate! Pero ¿qué sangre lleva Oscar en las venas? No puedo felicitarle á usted, pues su conducta ha sido propia de un imbécil; en el momento en que escribo á usted, aun no ha pronunciado una palabra ni ha respondido á ninguna de las preguntas que mi mujer y yo le hemos hecho... ¿Se va á convertir ese muchacho en un imbécil ó lo es ya? Amiga mía, ¿no le dió usted instrucciones antes de ponerle en camino? ¡Cuántas desgracias hubiera usted evitado acompañan-